



Carlos Rodríguez, 92 años.
M^a Cecilia Figueroa Mares, 21 años

La guerra olvidada

- "Nos vamos a casa".

Hizo una breve pausa y luego tomó fuerzas para insistir una vez más sobre aquellas palabras que hace 48 años oíría en el poblado de Villa Cisneros en medio del desierto del Sahara. En medio de la guerra.

- "Nos vamos a casa".

Entonces dejó escapar una sonrisa que fue más como un gesto de alivio. Tal vez fue la única mientras hablábamos de sus experiencias durante la conflagración. Experiencias que no le gustaba contar, y que a pesar de las insistencias, prefería tan sólo recitar los episodios más graciosos, hasta los chuscos. Porque sí que los había, desde la Academia hasta aquel día, y más, siendo él tan bromista.

Y es que, con toda una vida de servir a su país en el ejército desde 1934, realmente sintió que en esta ocasión, sí se podría ir a casa sin que le inundara la incertidumbre por las noches de que, en cualquier momento, le podrían llamar a combatir de nuevo.

Después de haber vivido tres de las más definitorias guerras para la historia de España, Carlos Rodríguez me dijo que le había perdido el temor a las noches de soledad, en las cuales, había aprendido a volverse sordo a los estrépitos de los cañones y otros rugidos confusos. ¿La Guerra Civil? ¿La Segunda Guerra Mundial en la División Azul? ¿La Guerra del Sahara, conocida por muchos como La Guerra Olvidada? Me invadió la curiosidad por saber cuál sería la peor de todas.

- "Todas las guerras son monstruosas. Pero me parece que ninguna de ellas merece ser olvidada. Porque hasta para los que nos reconocen como vencedores, existirán pérdidas irreparables que jamás podrán ser borradas de nuestras mentes ni de nuestras almas."

Fue así como eligió contarme su experiencia en el Sahara.

De pronto mencionó su Jeep beige. Le había tomado un cariño especial porque en él vivió los únicos momentos agradables durante la guerra gracias a los que se habían convertido en sus tres mejores amigos tras el último año. Sabía que en el vehículo le estarían esperando: José, su ordenanza, Lope, su ayudante, y Andrés, su chofer. Ahora serían ellos también los primeros con los que compartir que se iban a casa.

Pocas veces dejaba que Andrés condujera, ya que él disfrutaba muchísimo haciéndolo entre las imponentes dunas, que de día parecen formar cordilleras brillantes por el reflejo que el sol les imprime, y de noche, se iluminan con el resplandor de la luna y se cambian de forma por las ráfagas intensas del viento helado. Aunque este escenario dotado de increíble hermosura únicamente podía apreciarse cuando se alejaban del lugar de batalla. Tan sólo por algunos momentos escasos y fugaces, pues el encanto se desvanecía cuando alrededor sólo se podían vislumbrar filas enteras de tanques yendo a combate, escombros sombríos de las edificaciones abandonadas en medio de la nada y campamentos invadidos de miles de personas, -algunos apenas unos niños, otros tantos, colegas suyos de la Academia y hasta los mismos saharauis que defendían su territorio-, delirando entre gritos por su vida, con



heridas que enseñaban de la manera más evidente que esos hombres no regresarían nunca más a sus casas.

El calor era infernal. Y sus uniformes verde oscuro de lana. Esto los hizo idear comprarles a los franceses tela de sus uniformes color garbanzo y cortar los pantalones para hacerlos más cortos y cómodos. Asimismo, intercambiaban con ellos la comida de los camiones de municiones. Carlos negociaba las sardinas, la carne de cerdo y el chocolate por ensalada, carne y las latas de piña en almíbar que tanto añoraba. Pero cuando se encontraban lejos de los camiones, debían comer lo que encontraban: avestruces, antílopes, gacelas y hasta tres camellos, los cuales fueron cobrados tres meses después por su pastor, a quien Carlos le dio su único capital que constaba de dos mil pesetas.

Pero aún había un hambre peor. Ésa era la de los mismos africanos. Gente nómada que vivía en la pobreza extrema. Ellos sí que se comían lo que veían, desde aves, reptiles y todo tipo de insectos.

Sabía que para llegar a casa todavía le faltaría aproximadamente un mes, mientras organizaban las tropas, recogían lo que quedaba de los campamentos y finalmente tomaban el avión que los regresaría a su adorado Madrid. No deseaba separarse ni una vez más de sus hijos ni de su esposa. Carmen.

-“Después de 71 años sigue siendo el amor de mi vida. Ella me conquistó a mí bailando el jazz de Armstrong y Fitzgerald. Tiempo después, me seguía enamorando cuando cantaba boleros mexicanos de El Trío Calavera”.

Carmen le arrancó un suspiro, el primero de los incontables que hasta el día de hoy le provoca, a pesar de que ya poco puede hablar, y menos aún moverse, debido a su más reciente infarto cerebral.

Y esto no lo supe por él, sino por la terapeuta de la residencia donde ahora viven ambos. Pero sus hijos le han ofrecido en múltiples ocasiones a Carlos que se vaya a vivir con ellos, pues no es necesaria su estancia ahí, ya que su hemiplejía, no frena su lúcida mente -que se la atribuyen a su espíritu deportista que lo llevó a ser campeón de decatlón-. A esto él siempre contesta con un no determinante. Sin dar más razones. Pero puedo apostar el futuro de mi carrera que la razón no es otra que ella.

Carlos jamás estuvo de acuerdo con la guerra. Ninguna de ellas. De las que él participó, en una el Ejército se sublevaba contra las reformas republicanas; en otra, apoyaban a países ajenos en tierras rusas y, la última, intentaban preservar sus colonias de los oriundos. Sin embargo creía firmemente que era su obligación servir a su país. Este argumento fue el que convenció a su madre de dejarlo convertirse en un soldado. Incluso, tuvo que utilizar ese mismo argumento para rebatir las lágrimas de sus hijos, especialmente las de Enrique, el mediano, cuando le rogaba que no se fuera a pelear una vez más, ahora al Sahara. Pero él siempre se mantuvo firme. Sabiendo ahora que todo había terminado, sólo podía imaginar su cara de enternecida felicidad y la de sus otros dos hijos, Carlos y Maite, cuando lo vieran cruzar la puerta de su casa al regresar.

Y resultó ser su verdadera vocación, porque a pesar de su gran modestia, apenas mencionó sus ocho medallas de honor ganadas en combate, dos en el Sahara. La última y de la única que habló, ocurrió en Edchera, cerca del Aaiún, durante un



ataque sorpresivo nocturno. Fueron a despertarlo súbitamente a su tienda de campaña, en la que dormía solo debido a su puesto de Capitán. Por la misma razón, no participaba en las guardias, al contrario de cualquier otro sin rango, los cuales eran más del 90 por ciento. Tuvieron que evacuar el campamento inmediatamente, y lo lograron pero los marroquíes ya estaban cerca. Entonces Carlos cayó en la cuenta de que faltaban dos. Arriesgando su vida, regresó por ellos, ambos estaban heridos, y los subió a una camioneta. Sin embargo, a uno de ellos cuatro días después, le dispararon en medio de los ojos cuando luchaba a su lado. Entonces comprendí por qué no se jacta de ninguna de sus medallas: todas arrastran otras historias perturbadoras.

De pronto hubo un silencio que se apoderó del salón. Carlos no emitía ningún sonido y pude notar la profunda nostalgia que lo poseyó. Esperé a que sus ojos, que no querían dejar salir esa lágrima que resguardaban, me dijeran lo que su rostro expresaba.

- "Aunque no lo creas, hija mía, no hay vencedores en las guerras. Aunque lo marquen los libros de historia. Mis 92 años te lo pueden asegurar."

¿Guerra Olvidada? Tal vez muchos ni han oído de ella. Olvidada para otros. Pero inmortal para los que pelearon en ella y hacen honor a los todos caídos sin nombre.

Recordé entonces aquella frase de Fernando García de Cortázar. «Porque son los poetas, y no los vencedores, quienes con sus palabras y recuerdos ponen las ciudades y las naciones a salvo del tiempo. »1 Y, fue así, con cada una de sus historias, que Carlos se convirtió para mí en aquel poeta.

Lo importante de la vida

Carlos Rodríguez recién cumplió 92 años. Y quién fuera él para decir que no pudieron haber estado mejor vividos.

Desde su niñez, nacido en Málaga, Carlos, el tercero de diecinueve hermanos, siempre quiso servir a su país en la milicia, a pesar de que su madre siempre se opuso. Más que nada lo inspiraba la gran disciplina que se desarrolla. El temple, ya lo traía de nacimiento.

Y tuvo la oportunidad de hacerle honor a su patria en tres guerras definitivas para la historia de España: La Guerra Civil, de 1936 a 1939; La Segunda Guerra Mundial peleando en Rusia como parte de la División Azul de 1942 a 1945; y pocos años después, estuvo en La Guerra del Sahara Occidental durante toda su duración.

Estas experiencias hoy en día le son difíciles de contar por todas las historias trágicas que conllevan. Sin embargo, Carlos, aunque lamenta las causas de las guerras, jamás se ha arrepentido de haber participado en alguna de ellas, porque a pesar de los errores que pudiera haber cometido, son esas historias las que hoy lo hacen ser la persona que es: de carácter inquebrantable, seguro de sí mismo y agradecido con Dios por todas las bendiciones que ha recibido. Por cada una de estas experiencias, y muchas otras más que no tienen nada que ver con la guerra, dice que ya hizo valer su vida.





Ser servidor de su nación, lo llevó a conocer muchas partes del mundo, aunque la mayorías de las veces, no iba de turista y no las podía disfrutar como hubiera querido. Sin embargo, existe un lugar que aún hoy, lo hace soñar sólo con la idea de visitarlo algún día. Dice que probablemente es por lo misterioso del lugar, por su imponente arquitectura o su infinita cultura tan distinta a otras. Ese lugar es La India.

Éste es su sueño. Y es uno que podría realizarse. Pero hay un sueño aún mayor que lo complementa, que no está en manos de ningún hombre. Éste es que su mujer, a la que tanto ama, lo pudiese acompañar; si no fuese a La India, que tan sólo lo pudiese acompañar a dar una vuelta por la calle.

Ella ahora se encuentra en la misma residencia donde él vive, pero ha sufrido más de un infarto cerebral que le impiden moverse y hablar. Pero Carlos, no ha dejado su lado, aún teniendo la oportunidad de hacerlo.

Y es que las más gratificantes experiencias de su vida, han sido con ella o gracias a ella. Tuvieron tres hijos, Carlos, Enrique y María Teresa, y ellos les han dado 8 nietos y 7 bisnietos. Cuando le pedí que me contara cómo se siente al llegar a conocer a tanta descendencia suya, me dijo de la manera más sincera y amable que no hay palabras suficientes para describir esa sensación tan maravillosa.

Sin duda, la vida de Carlos ha sido como pocas. Más bien, única.